

Roda entre la literatura y la pintura

Marta Rodríguez

Con motivo del quinto aniversario de la muerte de Juan Antonio Roda, (Mayo 29 de 2003), su familia ha querido recordarlo con una publicación dedicada a sus tres últimas series El color de la luz, Pinturas negras y Santuarios. Este libro, acompañado de la página web dedicada a su vida y obra, marcan el inicio de una serie de actividades a cargo de la "Corporación Juan Antonio Roda" que se proponen divulgar y mantener viva la memoria de uno de los pintores más importantes y queridos de Colombia.

Colaboran en esta publicación cuatro personas cercanas a Roda y la literatura. Darío Jaramillo, amigo de Roda, da un testimonio personal de su cohabitación con un lienzo de la serie La lógica del trópico; el escritor Julio Paredes, narra sus experiencias en el taller del maestro y el poeta Juan Manuel Roca, desde la poesía, se refiere a sus últimas series.

Su mujer, la escritora María Fornaguera, cierra el libro con una semblanza del maestro.

En varias ocasiones me he referido a la obra pictórica de Roda señalando en ella una especie de obstinación. Tengo la impresión de que en los últimos años, con una especie de terquedad fascinante, el quiso reafirmar una y otra vez su pasión por la pintura, corroborar su faceta de pintor; pintor abstracto pero literario. Tal vez esto suene disparatado para los "puristas" de la pintura abstracta, pero no para Roda que desafió los purismos y las convenciones; su obra osciló permanentemente entre la figuración y la

abstracción sin que en ello mediara problema alguno. Y además dijo "todo buen pintor es literario".

A partir de 1986, Roda dejó atrás su importante trabajo gráfico que lo convirtió en el grabador más importante del país, para dedicarse por completo a la pintura. Durante estos años pintó nueve series: Flores (1986 - 1987), Montañas (1988-1989), Ciudades perdidas (1990 - 1991), Tierra de nadie (1992 - 1993), Pinturas (1995 - 1996), La lógica del trópico, (1997 - 1999), El color de la luz y Pinturas Negras (2000 - 2001) y Santuarios (2002 - 2003). Más allá de esos títulos tan sugestivos, sus series, exceptuando Flores, están conformadas por pinturas abstractas.

Hace muchos años, una tarde, en un taller en los Andes, Roda nos dijo que la pintura no es literatura, que la pintura no narra; la pintura se soporta en ella misma, su fundamento está en los medios que utiliza. Bastantes años después, una mañana hablando con un grupo de estudiantes a propósito de sus Pinturas Negras, Roda dijo que la pintura abstracta, además de estar vinculada a los valores puramente formales, es emoción, trae consigo huellas humanas; dijo que no hay pintura sin experiencia. Por esos mismos años, a propósito de la pintura y la literatura, comentó Roda que las "implicaciones humanas" del pintor se encuentran en el color y las del escritor en las palabras, y agregó. "Es muy difícil separar y cortar. Leer un libro y ver un cuadro son dos experiencias muy parecidas.

Son experiencias del mundo del arte. (...) Pero en un momento dado tienen que ser, deben ser, muy parecidas las motivaciones. Cuando yo digo que mis cuadros son paisajes, les estoy poniendo una etiqueta literaria, puesto que lo afirmo. Quizá sería mejor no decir nada". En la tensión que existe entre la pureza de la pintura, la presencia de la experiencia, con todo lo que ella arrastra, y la literatura, se sitúa su obra pictórica.

La última serie de Roda, Santuarios, quedó inconclusa. La mayoría de las pinturas se consideran terminadas, otras son escasamente un esbozo, un gesto inicial que anuncia ese emocionante combate que se empeñó en tener día tras día, hasta el fin de sus días, en su taller de Suba. Una batalla que se llevaba a cabo con el lienzo, las brochas, los pinceles, el color y sobre todo consigo mismo. Un encuentro definitivo entre el pintor y su oficio.

Por la época en la que Roda pintaba su última serie, estaba leyendo la novela Santuario de William Faulkner. La elección del título denota un vínculo estrecho, entre la literatura y su pintura; entre la lectura, ese hábito que mantuvo a lo largo de su vida, y el oficio de pintor, oficio que ejerció hasta los últimos días. Esta relación que se hace tan evidente en su última serie, conduce a un tema recurrente en su trayectoria: la tensión entre lo literario y lo pictórico. Los títulos de sus tres últimas series pueden dar algunas pautas al respecto.

El color de la luz, anuncia un problema eminentemente pictórico, digamos no literario. Puede evocar a los precursores de la pintura moderna, trae consigo a los impresionistas quienes se empeñaron en pintar los colores de la luz. Algo similar ocurre con Pinturas negras, el título puede situar esta serie en la antípoda de la primera; puede remitir a un problema puramente cromático que abarca la luz y la sombra, lo claro y lo

oscuro. También nos puede hacer pensar en Goya y sus pinturas negras. Con los nombres de de estas dos series, no salimos del mundo de la pintura, hablamos de sus medios y su historia.

Santuarios tiene otra connotación, la palabra nos remite más allá de la pintura, hay un tema que no se queda en lo meramente pictórico, y si sabemos del trasfondo de Faulkner, pintura y literatura se tocan y hasta se amalgaman. Irrumpe lo literario. Sin embargo, pese a estas diferencias, las series se parecen entre sí. En Pinturas negras la escala se reduce, pero el lenguaje gestual y expresivo, se mantiene. Roda dijo a propósito de estas dos series: "Son estos óleos una serie de variaciones sobre el tema del color y sus implicaciones, ya sean gozosas, serenas o dramáticas, como en los doce pequeños cuadros llamados Pinturas negras".

Lamentablemente no cuento con las palabras de Roda, que siempre me han ayudado tanto, para saber qué pensaba de Santuarios, cuáles eran sus intenciones y motivaciones; pero a cambio de sus palabras, tengo ante mis ojos algunas obras inconclusas, un testimonio de su proceso como pintor; algo similar a lo que acontece con las pruebas de estado que nos dejan observar cómo pensaba cada una de sus imágenes.

En la historia del arte hay una obra inacabada que se ha convertido en un hito de la pintura moderna: Las señoritas de Avignon, de Pablo Picasso, quien ocupó un lugar muy importante en la formación de Roda. Esta pintura de Picasso, en su condición de obra inconclusa, permite ver los pasos y los elementos que dislocaron la representación occidental. Nos permite comprender cómo se fue articulando el lenguaje del arte moderno, cómo se fue consolidando una nueva forma de visión que condujo al Cubismo. Mucho se ha hablado de esta obra y mucho se puede seguir diciendo

de ella. En el caso de Roda y sus Santuarios, las pinturas inacabadas dejan ver la trayectoria de sus impulsos, los gestos que dan inicio a las telas, su intuición ante el color y nos permite ver como las obras se estructuran a partir de ese abismo que existe entre la luz y la sombra, tema de sus dos series anteriores.

Quiero detenerme en Santuario N° (el de Juana). Roda, alguna vez dijo que sus pinturas tenían relación con el paisaje. El paisaje es un clima, una atmósfera, un estado de ánimo, elementos que encuentran equivalencia y expresión en el color. En esta tela hay una especie de fuerza telúrica, una conmoción que tiene lugar entre la sombra que lo envuelve todo y la zona de luz que irrumpe como un relámpago que ilumina la oscuridad. Cuando la miro me parece escuchar un trueno que también he escuchado en otras telas, especialmente en Tierra de nadie N° 11.

Roda da inicio a esta tela de Santuarios estregando pigmento oscuro sobre el lienzo; deja vestigios de la brocha y dibuja signos, con trazos enérgicos, ágiles y rápidos introduce el color azul. La noche de la inauguración de Santuarios en el MamBo, alguien me hizo ver en esa tela, un cielo de Claude Lorrain que aparece en medio del caos, en medio de este relámpago que da inicio a la imagen. Y efectivamente allí está; entre los brochazos que mezclan el blanco con un rosa suave y un azul tenue, se puede ver un cielo de Lorrain. No sé qué diría Roda, pero ahí está. Este encuentro, hecho con unos ojos ajenos, resultó estremecedor. Y revisando las palabras de Roda en una de las muchas entrevistas que sostuvo, encontré una referencia a los cielos de Lorrain, "un pintor que me gusta mucho" dijo: "Esos puertos que él pintaba donde hay unos barcos que llegan, las nubes, el cielo, el sol, las construcciones que hay al lado, las luces que vienen de lejos hasta el primer plano, como de atardecer o amanecer, y

que logran con su brillos un ambiente que no corresponde exactamente a nada. Si, si son realistas, pero de un realismo inventado para crear un efecto deseado, y a mí eso siempre me ha atraído mucho".

Ahondando en esta tela inacabada de la serie Santuarios, vinculada en su nominación a una obra literaria, hemos encontrado nuevamente la historia de la pintura. No sabemos si ese cielo que aparece en ese gesto inicial, habría quedado en la pintura terminada. No podemos saber cómo habría concluido la tela; ella está ahí, en proceso, detenida, para que imaginemos y presintamos su final. Pero también para que sepamos que estas telas que concluían con una fuerza tremenda, se iniciaban con una energía brutal, con un estruendo de color que dividía el lienzo entre la luz y la sombra. Estas telas inconclusas, suenan como una obertura que anuncia la vitalidad del acto de pintar de ese pintor inolvidable y lector infatigable: Juan Antonio Roda.

Marta Rodríguez
Profesora Universidad Nacional